

¿Qué pasa en los Estados Unidos?

EN ESTE NÚMERO

Editorial: La administración Biden llega a Medio Oriente

Muro y tragedia en la Frontera

Reforma migratoria... otra vez

La decadencia de la verdad

Las mid-terms del 2022 y su impacto dentro de ambos partidos

EDITORIAL

POR CESCOS

La administración Biden ha comenzado la delicada tarea de involucrarse en Medio Oriente. En esta última semana ha habido 3 hechos singulares. En primer lugar, el bombardeo controlado en Siria contra milicias apoyadas por Irán. En segundo lugar, la mención al salvaje asesinato del periodista de "The Washington Post" y exiliado Saudí, Jamal Khashoggi, ocurrido en octubre de 2018 y perpetrado por una orden directa del Príncipe heredero de ese reino, Mohammed bin Salman. En tercer lugar, la confirmación del cambio de estrategia en relación al programa nuclear iraní.

Es una concatenación de asuntos delicados. Primero, es necesario mencionar que el Medio Oriente es uno de los pocos espacios donde republicanos y demócratas pueden coincidir en la existencia de aciertos durante la administración Trump. Así, a diferencia del, por ejemplo, radical cambio de rumbo en la política sobre el calentamiento global y el reingreso de los Estados Unidos al "Acuerdo de París", donde la administración Biden genera una modificación estructural en relación a su antecesor pero donde tiene un fuerte respaldo interno y externo para hacerlo, el Medio Oriente es un lugar sensible para llevar a cabo transformaciones profundas de política, más aún, como mencionamos, en un escenario donde la administración Trump logró avances sustanciosos. Particularmente nos referimos a los "Abraham Accords" firmados en septiembre de 2020, el primer acuerdo de paz entre israelíes y árabes en 25 años, donde Israel normalizó relaciones diplomáticas con Bahréin y los Emiratos Árabes Unidos (EAU). Al acuerdo se sumó Marruecos en diciembre de 2020 y Sudán a principios de enero de 2021. Hasta ahora, solo Egipto y Jordania tenían relaciones diplomáticas con Israel.

En primer lugar, el bombardeo controlado a mili-

-cias milicias financiadas por Teherán en la frontera sirio-iraquí puede ser interpretado como una advertencia tanto a Irán como a la incapacidad del gobierno de Bagdad para controlar a sus propios funcionarios y agentes de seguridad que, si bien son formalmente parte del aparato estatal iraquí, parecen estar respondiendo en esa porosa frontera realmente a Teherán. Es una decisión demasiado arriesgada ya que, por un lado, genera rechazo en la opinión pública global y en actores relevantes de la política doméstica americana pero, más aún, por otro lado, es obviamente decodificado por el régimen iraní como una decisión que busca explicitar una vocación por confrontar que, es evidente, la administración Biden no tiene. Si la tuviera, no buscaría regenerar el diálogo sobre la cuestión nuclear con Irán o, en todo caso, usaría la fuerza con mucha más vehemencia y contundencia.

Por su parte, el brutal asesinato de Khashoggi sucedió dentro del consulado de Arabia Saudita en Estambul y es un fiel reflejo del grado de impunidad que tienen los poderosos en las sociedades cerradas. Según la BBC, "durante una llamada telefónica con el monarca saudita, el rey Salman, Biden se refirió a la 'importancia que le da Estados Unidos a los derechos humanos y el estado de derecho...el gobierno de Biden evalúa cancelar acuerdos sobre venta e armas a Arabia Saudita que puedan significar un riesgo en términos de derechos humanos, así como limitar las ventas futuras de armamento 'defensivo'". Si Biden y su Secretario de Estado, Anthony Blanken, profundizan este punto y trabajan para aclarar definitivamente quien asesinó a Khashoggi, habrán demostrado una valentía y convicción que será necesario celebrar.

Incluso aún más problemático que este escabroso acontecimiento es la decisión de la

nueva administración de reintentar un acercamiento con el régimen teocrático iraní para dialogar sobre el programa nuclear. El domingo 28 de febrero pasado Teherán se negó a reiniciar negociaciones. El Departamento de Estado respondió que "While we are disappointed at Iran's response, we remain ready to reengage in meaningful diplomacy to achieve a mutual return to compliance with JCPOA (Joint Comprehensive Plan of Action) commitments". Es decir, Biden ha tomado esta negativa como parte del proceso de negociación. Este comentario problemático: sentarse a la mesa con un estado que promueve y financia el terrorismo es en sí mismo una decisión complicada pero, más aún, es moralmente muy cuestionable normalizar semejante respuesta como si proviniera de un diplomático canadiense, chileno o australiano. No es una negociación más con un país promedio sobre un tema determinado.

Biden tiene la gran oportunidad de desarrollar una estrategia en el Medio Oriente que profundice los avances de la administración anterior. El talentoso Anthony Blinken tiene claro que esa delicada geografía y China son dos espacios donde los demócratas tienen que adueñarse, probablemente en silencio, de los avances realizados por la diplomacia de Mike Pompeo, modificando tácticas puntuales pero explicitando con claridad que los ejemplos virtuosos para alcanzar la prosperidad en libertad son Israel y Taiwán y que las amenazas a las sociedades abiertas provienen de Arabia Saudita, Irán y China.

POLÍTICA

MURO Y TRAGEDIA EN LA FRONTERA

POR NACHO ROMERO



En este artículo en primera persona, José Ignacio Romero describe la apasionante y brutal experiencia vivida durante la filmación de “El Muro”, documental realizado en la frontera entre México y los Estados Unidos.



"Recorriendo el desierto de Sonora, mirando en los barrotes de hierro oxidado las huellas de quienes treparon la barda, asombrándome por las cámaras de videovigilancia instaladas en el medio de la nada o los drones que sobrevuelan amenazantes cuando detectan movimiento de personas, reflexioné que las respuestas a estas preguntas esconden demasiados fracasos (...)"

Uno de los privilegios inherentes al periodismo es, ocasionalmente, viajar por el mundo, usualmente además a lugares atípicos. Con mayor o menor frecuencia -prácticamente ninguna en estos tiempos de pandemia- la profesión permite visitar sitios que, de no ser así, difícilmente serían considerados destino probable. Estas experiencias representan un aprendizaje absoluto e inolvidable de realidades que escapan a la imaginación hasta estar inmersos en ellas. De hecho, los viajes de un periodista suelen terminar con el utópico deseo de volver al lugar en cuestión, pero "con tiempo" para conocer más en profundidad un mundo hasta entonces muy lejano.

Así fue que en noviembre de 2017 visité Tijuana, Algodones, Mexicali, Calexico, San Ysidor y San Diego, entre otras ciudades y zonas al oeste de la frontera México-Estados Unidos. Acompañado de

un camarógrafo amigo nos sumergimos -no sin temor- en una región tristemente famosa por el tráfico de drogas, las crueles historias de sicariato y trata de personas, el sangriento negocio de pasar inmigrantes ilegales del sur al norte de la línea divisoria, absurdos ejemplos de lavado de dinero en equipos deportivos de primer nivel y tantas otras formas de ejercer el poder del narcotráfico bajo un paraguas de hipocresía que identifica a políticos y ciudadanos más de lo que ellos mismos asumen.

En ese contexto descubrimos un miedo evidente y notorio a las políticas migratorias que una y otra vez surgían como amenazas de la quirúrgica boca multimillonaria de Donald Trump. La promesa de un muro más alto, más profundo, ahora sí infranqueable, se ceñían como ultimátum de quienes todavía tenían -y tienen- esperanza de cruzar la frontera. Por el contrario, quienes ya

estaban asentados y legalizados al norte del problema reaccionaban con indiferencia, aunque no tanta como para animarse a volver al sur, ni siquiera temporalmente. Algunos de ellos incluso defendían las políticas pregonadas por el entonces presidente, haciendo suyos argumentos de los nativos.

No obstante, el contacto con esa realidad no nos causó tanta sorpresa como el hecho de comprobar que la barda, la zona militarizada de frontera y el énfasis norteamericano en marcar los límites territoriales con México poco tenían que ver con Donald Trump. Desde antes del gobierno de Bill Clinton (1993-2001), pero especialmente en esos dos períodos, las políticas de frontera tomaron un rumbo contrario al espíritu del acuerdo comercial (el NAFTA) que empezaba a identificar la relación regional al norte del continente.

Desde entonces, a su manera cada presidente plantó huella, siendo la de Trump probablemente la de mayor talla, pero menor profundidad. En palabras de quienes en primera o tercera persona protagonizan las interminables historias de aquella frontera (los que una y otra vez intentaron e intentan pasar, quienes los asisten con alimentos o albergue, quienes los cobran miles de dólares para pasarlos, quienes los secuestran para venderlos), Barack Obama fue uno de los jefes de Estado que más ajustó los controles. Trump también, pero siempre con más retórica que acciones concretas.

Un factor relevante, denominador común de cada viaje migrante, son las realidades en países de origen ¿Cuánto debe sufrir un ser humano para que su mejor alternativa posible sea no solo dejar su tierra, sino que dejarla arriesgándose a un viaje de miles de kilómetros atravesando selvas, zonas liberadas a la delincuencia, áreas domina-

-das por bandas narco y de trata de personas, viajando en tramos trepados a escondidas en un tren de carga, sin comida ni agua y con la incertidumbre de no volver a ver un amanecer como la única certeza? ¿Cuánto debe doler la vida en un país para que dejar a la familia -padres, hermanos, incluso hijos- sea una opción si, por promisorio que sea, el viaje al futuro es en esas condiciones?

Recorriendo el desierto de Sonora, mirando en los barrotes de hierro oxidado las huellas de quienes treparon la barda, asombrándome por las cámaras de videovigilancia instaladas en el medio de la nada o los drones que sobrevuelan amenazantes cuando detectan movimiento de personas, reflexioné que las respuestas a estas preguntas esconden demasiados fracasos del Estado, particularmente de quienes deciden en su nombre. Fracasos de izquierda y fracasos de derecha. Fracasos de liberales, de conservadores o de progresistas. Fracasos del sistema que se volvieron muros más salvajes que el prometido por Trump.

Hasta no soldar esas fracturas, emigrar ilegalmente seguirá siendo una opción sin importar cuántas veces la muerte les pida el pasaporte que no tienen. De hecho, quienes logren burlarla las ocasiones necesarias para llegar, sentirán más presión aún después de encontrar un techo para refugiarse y un trabajo para comer: la presión que genera vivir sin existir ante la ley, pero siendo capaz de ganar el dinero prometido y enviarlo a la familia. El orgullo único y la paz interna que significa enviar esas remesas está bajo amenaza permanente pues ser deportado significa retornar a zona cero con una prohibición de ingreso para el resto de la vida, volver en un viaje paradójicamente más cómodo y más amargo que la sacrificada travesía de ida.

“El Muro” habla de esas historias, las pocas que cuentan triunfos, las más que lloran derrotas.

En un momento de transición de ideas, las que defendía Donald Trump y las que anuncia Joe Biden, no es mal ejercicio ir al fundamento del problema. Qué esperar de las nuevas políticas migratorias es siempre una incógnita si se hace la división correspondiente entre anuncios y acciones.

La prueba inicial son los ciudadanos ilegales que ya están en territorio estadounidense. Cómo proceden con ellos, en qué condiciones llegan a los tribunales para dirimir las solicitudes de asilo, cuánto tiempo pasa hasta concretar la reversión de las políticas más hostiles de la pasada administración, son síntomas de una enfermedad que se manifiesta en Estados Unidos, pero tiene sus causas en países que están bastante más al sur de su frontera.

Para la administración Biden, dejar atrás la política “Permanecer en México” no puede ser suficiente. Para el resto del continente, no enfrentar los problemas de fondo es mirar para otro lado ignorando al salir del centro comercial a quien pide una moneda.

Una vez más, el rol de México es protagónico. Con su anuencia se implementó la ley “Título 42” de Trump, invocada por razones de salud pública, que se amparaba en la pandemia para devolver a México a quienes desde allí llegaron, sin importar de dónde venían, quizás una forma de no perder tanto en las renegociaciones de los acuerdos comerciales.

Por la carga de certidumbre que la llegada de Biden devuelve a la Casa Blanca, bastante más se espera de todos los gobiernos involucrados. Para empezar, la voluntad de encontrar una solución colectiva a las deficiencias del sistema. Ahí está la inversión necesaria: no en las políticas de frontera, que son el último eslabón de la cadena que esclaviza a los que menos tienen. La inversión social y la acción política para reducir la desigualdad del continente debe ser la piedra angular del control migratorio.

[PARA VER EL DOCUMENTAL INGRESÁ ACÁ](#)

NACHO ROMERO

Senior Fellow de CESCOS

 **Jnachoromero**

POLÍTICA

REFORMA MIGRATORIA... OTRA VEZ

POR LEONARDO MARTÍN



La inmigración juega un rol central en el "sueño americano". No es concebible ese país sin los inmigrantes del pasado, del presente y del futuro. Sin embargo, hay una minoría poderosa que quiere construir al diferente como problema. La política y los políticos deberían estar a la altura del desafío.



"El problema no son los 11 millones de indocumentados actuales ni eran los 5 millones de 1986, el verdadero problema son los siguientes millones de personas que seguirán queriendo vivir en los Estados Unidos en las próximas décadas y que deberían tener reglas más claras para hacerlo"

El pasado jueves 19 de febrero, el gobierno del presidente Joe Biden, cumpliendo con una de sus más enfáticas promesas de campaña, presentó al Congreso un nuevo proyecto de Reforma Migratoria. Las reacciones no se hicieron esperar por parte, principalmente, del ala más conservadora del Partido Republicano que acusan al presidente y a su proyecto de constituir una amnistía irrestricta para los más de 11 millones de indocumentados que hoy ya residen en los Estados Unidos.

Asimismo, Bob Menendez, senador Demócrata y principal portavoz y negociador ante sus colegas, se ha manifestado moderadamente optimista en que podrá encontrar los votos de al menos 10 senadores del GOP para sacar adelante el proyecto.

La última Reforma Migratoria que logró llevarse

adelante fue en 1986 durante el gobierno de Ronald Reagan dónde, básicamente, se logró legalizar a más de 3 millones de indocumentados (de los más de 5 millones que se estima existían en aquel tiempo), junto con un reforzamiento de las frontera con México y una mejora de los servicios de migración.

Luego de esa instancia, el tema ha seguido dividiendo de manera muy profunda a los estadounidenses y casi es tradición que cada nuevo gobierno que asume intente una nueva Reforma Migratoria. Así lo hizo el gobierno del presidente George W. Bush en 2007 y el de Barack Obama en 2013, siendo ambos estrepitosos fracasos. Antes el presidente Bill Clinton había hecho un intento menos ambicioso de reformar una pequeña parte del gran problema, pero sin éxitos importantes.

Joe Biden intenta nuevamente con un plan integral de Reforma, pero lo hace en uno de los peores momentos históricos para lograr acuerdos. Luego de la incendiaria prédica anti inmigración que un día sí y el otro también el ex presidente Trump hizo durante los cuatro años anteriores y luego de haber enardecido a grandes sectores de la población que lo apoyaron a él y a candidatos republicanos subidos a ese discurso, parece muy difícil la construcción de acuerdos en este sentido.

El problema, sin embargo, más allá de la retórica política de ambos bandos, es mucho más profundo y requiere un enfoque y un análisis de más largo plazo.

Aquella reforma de Reagan fue hecha para solucionar el problema de los indocumentados, es decir, para reconocer a una cantidad de personas que trabajaban, pagaban impuestos y compartían diariamente la vida con el resto de los norteamericanos pero que no eran reconocidos como tales. Se hizo para la coyuntura, pero no pensó en el futuro. Y es probablemente el principal error de los sucesivos intentos de reforma que se han hecho en el pasado y, probablemente, también sea el error subyacente de este proyecto actual.

El problema no son los 11 millones de indocumentados actuales ni eran los 5 millones de 1986, el verdadero problema son los siguientes millones de personas que seguirán queriendo vivir en los Estados Unidos en las próximas décadas y que deberían tener reglas más claras para hacerlo. El hecho es que los principales dirigentes políticos que hacen de la negación de la inmigración su principal bandera política (extremo el de Trump que ya señalé), olvidan uno de los principios básicos de su oficio:

la política es el arte de lo posible.

Es un hecho que Estados Unidos seguirá recibiendo inmigrantes. Está en su esencia, es una de las principales explicaciones de su grandeza pasada, presente y probablemente futura y representa un orgullo para una sociedad ser, a lo largo de tantos y tantos años y tantas y tantas circunstancias históricas, el lugar al que personas de todo el planeta sueñan con vivir algún día. El “sueño americano” ha perdurado y perdura a pesar de los discursos. Si esto es así, sería mucho más saludable que los dirigentes estadounidenses imaginaran modelos más ingeniosos para lograr salir de las permanentes crisis que regularmente provocan esta acumulación de indocumentados que devienen en crisis políticas, la última de las cuales casi termina por llevarse por delante al propio sistema democrático. Me refiero al tristísimo episodio del 6 de enero, capítulo ¿final? de un deterioro permanente en donde el tema de la inmigración fue, probablemente, su causa principal. En suma, el problema no se solucionará negándolo.

Este discurso divisivo y negacionista contrasta, además, con otras prácticas que líderes más aplomados y conscientes de que la inmigración es parte constitutiva de la idiosincrasia de los Estados Unidos, introdujeron en el orden administrativo del Estado y que hoy perduran y sobrevivieron al propio presidente Trump. Nos referimos al Programa de Visas de Diversidad de Inmigrantes, más conocido como la “lotería de Visas”. Esta norma que data de 1990 (gobierno de George Bush padre) contó con aprobación bipartidista y se puso en práctica en 1995. Es una revisión de una norma de 1965 y principalmente consiste en otorgar un máximo de 50.000 permisos de residencia permanente (Green Card) a ciudadanos de todo el mundo de forma aleato-

-ría y con un cupo preestablecido por país excluyendo aquellos cuya inmigración haya superado los 50.000 en los últimos 5 años. Este camino parece una forma más interesante de encausar un fenómeno constante y permanente.

Quizá sea hora de que los líderes del Congreso acerquen posiciones y logren soluciones imaginativas y de largo plazo para un fenómeno que no cesará por más que se incendie la pradera, al menos mientras los Estados Unidos sigan siendo un país próspero y siga representando el anhelo de muchos de conseguir y de disfrutar el “American Way of Life”. Que eso deje de ser así no creo que sea bueno para los propios norteamericanos ni para el mundo occidental.

En todo caso, el Congreso vivió en carne propia adonde llevan los discursos irresponsables y que apuestan por la división. ¿Es posible esperar que luego de asomarse al abismo, los políticos norteamericanos entiendan que la caída es posible y muy dolorosa? El tiempo dirá.

LEONARDO MARTIN

Director de Programas CESCOS

 **Leomartinraggio**

SOCIEDAD Y CULTURA

LA DECADENCIA DE LA VERDAD

POR NATALIA OLIVENCIA



La “decadencia de la verdad” es un concepto elaborado por la Rand Corporation, un influyente Think Tanks de los Estados Unidos. Si bien el Estado y las grandes empresas tecnológicas tienen un rol que jugar, el papel más importante lo tiene la educación. Es necesario pensar una reforma original en la formación de las personas en general y de los jóvenes en particular.



"Se debe elaborar una estrategia para combatir la epidemia de desinformación que amenaza a Estados Unidos y al mundo entero. Para esto se necesita de un esfuerzo conjunto del gobierno y las empresas tecnológicas"

"What we've seen is what some people call truth decay, something that's been accelerated by outgoing President Trump, the sense that not only do we not have to tell the truth, but the truth doesn't even matter"

De esta forma se expresaba el ex presidente de Estados Unidos, Barack Obama, durante una entrevista con CBS News realizada en noviembre de 2020, para describir la situación actual que se vive en el país tras el mandato de Donald Trump. Las elecciones presidenciales evidenciaron la profunda división existente dentro de la sociedad americana. Si bien no es un fenómeno nuevo se ha magnificado hasta tal punto provocando sucesos de extrema tensión, como lo fue la reciente insurrección en el Capitolio. En estos últimos años hemos visto cómo las diferencias ideológicas entre partidos políticos han resultado en una competencia entre dos bandos, donde los

hechos, la verdad, el debate y la búsqueda de soluciones dejaron de importar, y se ha priorizado la pertenencia a un grupo y el deseo de vencer al otro. Es en este contexto que surge el término decadencia de la verdad -o "truth decay" en inglés-, para referirse a uno de los problemas que afectan a esta nación y que contribuye directamente a este creciente división.

El término "decadencia de la verdad" fue acuñado por el Think Tank estadounidense Rand Corporation (www.rand.org) en el año 2018 para referirse al período por el cual atraviesa la sociedad americana, caracterizado por la decreciente relevancia que tienen los hechos objetivos y su subsecuente análisis, a la hora de debatir y tomar decisiones políticas. Si bien no es un fenómeno sin precedentes, abarca cuatro tendencias que al combinarse entre ellas lo describen y, a su vez, lo distinguen de otros pe-

*ríos en la historia que comparten algunas similitudes con lo que ocurre actualmente.

En primer lugar, la decadencia de la verdad se caracteriza por el creciente rechazo o cuestionamiento de información fundamentada, aún cuando no hayan surgido nuevos conocimientos que la refuten o, incluso, cuando se ha descubierto nueva evidencia que la confirma. En segundo lugar, se está observando una mayor dificultad en la población para distinguir entre opinión y hechos. Esto es consecuencia de los cambios en las formas de informar que han adoptado los medios de comunicación tradicionales. Por ejemplo, en el caso de los periódicos han optado por combinar noticias con opiniones, generando confusión en el lector. Como tercer tendencia se destaca el creciente volumen y resultante influencia de las opiniones y experiencias personales en detrimento de la información objetiva. Esta característica responde, casi directamente, al uso de las redes sociales, que facilitan la difusión de información falsa y donde la propagación de estos mensajes es masiva e inmediata. Por último, la disminución de la confianza de la población en las fuentes de información que antes solían respetar, tales como la televisión, los diarios, los organismos estatales e incluso el propio gobierno.

Estas tendencias conllevan a que la decadencia de la verdad plantee una severa amenaza al sistema democrático de los Estados Unidos, con costos reales, consecuencias sociales, económicas, políticas y diplomáticas, siendo de las más graves de todas la parálisis política. Es que sin una aceptación general de los hechos compartida por ambos partidos políticos, la formulación y aprobación de políticas públicas se convierte en una tarea imposible. Para que una democracia funcione debemos partir del debate

que se genera en función de cuestiones que atañan el bienestar de la sociedad, y que tiene como resultado la formulación de políticas que brinden soluciones a estos problemas, pero ¿cómo puede debatirse si no se está de acuerdo con los hechos básicos?

La asunción de Joe Biden a la presidencia representa una nueva oportunidad para revertir esta situación. De acuerdo al reporte realizado por Rand Corporation, para contrarrestar los efectos de la decadencia de la verdad se necesita de un esfuerzo multifacético e interdisciplinario que incluya no sólo la labor que puede realizar el nuevo mandatario sino también la colaboración de los políticos, think tanks, empresas de tecnología, medios de comunicación y educadores. En este artículo se plantean tres posibles líneas de acción.

La primera recomendación implica una intervención en el sistema educativo en Estados Unidos. La currícula de estudios actual no se ha adaptado a los cambios en las formas de acceder a la información, producto del advenimiento de las nuevas tecnologías. Como consecuencia, los alumnos egresan siendo susceptibles a consumir información falsa, a confundir opinión con hechos y a no reconocer sus propios sesgos. En consecuencia, se necesita hacer hincapié en la preparación cívica de los alumnos, acompañada de clases de alfabetización mediática, para formar ciudadanos activos, informados y críticos.

Como se mencionó anteriormente, es clave para el funcionamiento de la democracia que se recupere la confianza de la población en las instituciones. Esto requiere de una serie de reformas, que incluyen una mayor transparencia por parte del gobierno, la inclusión de las minorías y la elección de profesionales capacitados para los cargos. Hasta el momento

podemos observar que el reciente presidente electo, Joe Biden, está formando un gabinete histórico, en el que se prioriza la experiencia y la preparación para el cargo, y que busca representar a toda la sociedad americana. De este modo, se evidencia el compromiso del gobierno para demostrar la importancia que tiene el conocimiento y el análisis como base para abordar los desafíos que enfrenta el país.

Por último, se debe elaborar una estrategia para combatir la epidemia de desinformación que amenaza a Estados Unidos y al mundo entero. Para esto se necesita de un esfuerzo conjunto del gobierno y las empresas tecnológicas. Es cierto que los eventos del pasado año llevaron a que muchas de estas empresas reevaluaran sus políticas para enfrentarse a este problema: eliminando todo el contenido falso, congelando cuentas que estuvieran propagando mentiras y alterando sus algoritmos para que las recomendaciones priorizaran la información proveniente de las autoridades. Si bien la autorregulación es un paso en la dirección correcta, es necesario seguir trabajando junto con el gobierno para garantizar que estas plataformas no se utilicen indebidamente para socavar las bases democráticas del país.

Revertir la situación actual no será una labor sencilla ni rápida, y se necesitará más de una elección para lograrlo. En palabras de Barack Obama, las soluciones que brinden los funcionarios políticos no serán suficientes para luchar contra la polarización que vive la nación, sino que hace falta un cambio estructural a nivel individual para que las personas comiencen a escucharse entre ellas y logren encontrar un mismo punto de partida, que les permita debatir sobre los temas que afectan al país. El mayor reto consistirá en lograr construir puentes entre estos grupos que hoy se encuentran enfrentados. Sin duda, unir nuevamente a la sociedad americana bajo un mismo espíritu de identidad nacional será un verdadero reto que llevará mucho tiempo pero valdrá la pena.

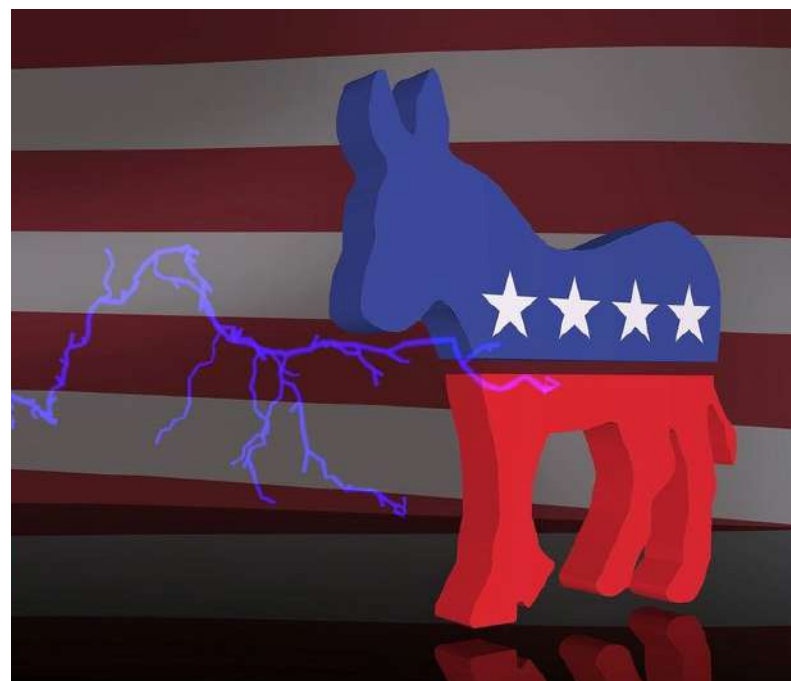
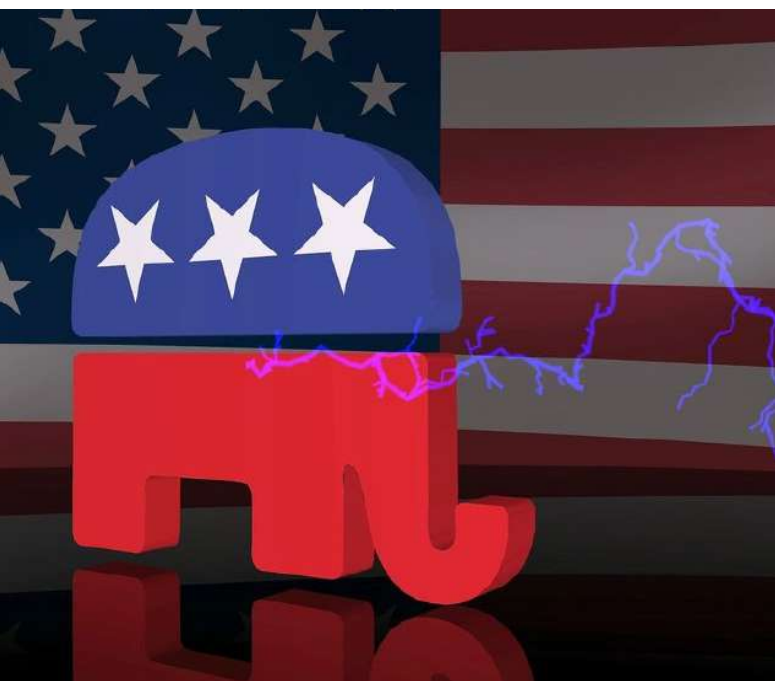
NATALIA OLIVENCIA

Directora Ejecutiva MLADI

POLÍTICA

LAS MID-TERMS DEL 2022 Y SU IMPACTO DENTRO DE AMBOS PARTIDOS

POR RODRIGO PEDREIRA



Las elecciones de medio término se celebrarán en noviembre de 2022. La oposición generalmente resulta allí triunfadora. Sin embargo, Estados Unidos enfrenta una coyuntura particular porque el presidente más disruptivo de la historia reciente, Donald Trump, tiene una gran capacidad de influir en la interna de su partido aunque, por otro lado, tiene poca capacidad de reconstruirse como real alternativa para el 2024.



"Hoy parecería ser que el camino de Biden es el camino diplomático, apartado de la venta de armas, el castigo público y las amenazas azarosas"

Las mid-terms a llevarse a cabo el 8 de noviembre de 2022 serán un momento decisivo para el país. Comúnmente el partido que obtiene la presidencia pierde asientos durante estas elecciones.

Con márgenes estrechos a favor del Partido Demócrata en la Cámara de Representantes (221-211, necesitándose 218 para tener el control) y una Cámara de Senadores dividida 50-50 con el voto de la Vice Presidenta como tie breaker, la lucha por retener esos asientos y ganar adicionales será de extrema importancia tanto para la agenda de Biden para los próximos dos años como para definir el futuro del Partido Republicano.

En noviembre de 2022 estarán en contienda 34 asientos de la Cámara de Senadores (20 Republicanos y 14 Demócratas). Hay estados

donde no habrá sorpresas, estados tradicionalmente Republicanos como Dakota del Norte, Oklahoma, Idaho, Arkansas, entre otros; y estados tradicionalmente Demócratas como California, Nueva York, Vermont, Maryland y Colorado, donde los actuales Senadores se presentarán sin problemas a la reelección. (<https://53eig.ht/3qYFph1>)

Lo interesante serán los Battleground States. Divididos por partido serían para los Demócratas los siguientes: Arizona; Georgia; New Hampshire y Nevada. Para los Republicanos: Florida; Carolina del Norte; Pensilvania y Wisconsin. (<https://bit.ly/3dWmhMZ>)

Los senadores Mark Kelly (D-Ariz.) y Raphael Warnock (D-Ga.) deberán defender sus posiciones al haber ganado elecciones especiales, teniendo que ir nuevamente a

elección para ganar su período de seis años.

Especial atención tendremos que poner en dos estados donde los Republicanos estarán buscando defender su asiento. Por un lado Pensilvania, actualmente en manos del Senador Pat Toomey y, por otro lado Wisconsin, a manos del Senador Ron Johnson. En Pensilvania, la victoria de Biden fue de 50% a 48.8% mientras que en Wisconsin el margen fue de 49.5% a 48.8% también a favor del Demócrata.

Interesante será también la disputa por el asiento de Carolina del Norte actualmente en manos del Senador Richard Burr que, al igual que Toomey, tampoco buscará la reelección dejando su asiento abierto para la disputa para sus colegas Republicanos y candidatos Demócratas. En el caso de Carolina del Norte ya figuran nombres como el del Senador Estatal Demócrata, Jeff Jackson, y la posibilidad de Lara Trump por el Partido Republicano (esposa de Eric Trump).

Los senadores que anunciaron que se retirarían al finalizar su período dejan abierta la puerta para una contienda por esos asientos, por el control de la Cámara y, posiblemente, por el control del Partido Republicano.

Dentro de estas figuras tenemos a los senadores Richard Burr (R-N.C.), Pat Toomey (R-Pa.), Rob Portman (R-Ohio) y Richard Shelby (R-Ala.). Esto hace aún más cuesta arriba el trabajo de los Senadores Republicanos que ya de por sí deben retener 20 asientos vs 14 de sus contrincantes y, ahora, dentro de esos 20 asientos hay cuatro que quedarán abiertos y dos de ellos en disputa. Debemos recalcar que los 435 asientos de la Cámara de Representantes estarán también en disputa, lo cual puede marcar la pérdida del control de esa cámara por parte de los Demócratas.

Factores a considerar serán los candidatos que cada partido presente y quienes tendrán su apoyo. Es decir, candidatos más centristas o progresistas dentro del Partido Demócrata vs candidatos más conservadores o pro-Trump por el Partido Republicano.

La historia reciente ha demostrado que los Demócratas han tenido un mejor desempeño cuando Trump no está en la boleta de votación. Como ejemplo están las mid-terms de 2018 y la segunda vuelta de las elecciones de Georgia. Por lo que si las disputas internas del Partido Republicano terminan alienando a su base y el presidente Biden hace un buen trabajo en el control de la pandemia puede que tenga chances de revertir la estadística.

Ahora que el segundo juicio político del ex presidente Trump llegó a su fin, se abre un nuevo capítulo en el Partido Republicano. ¿Que deparará el futuro para el "Grand Old Party", prevalecerá el ala conservadora y tradicional o el ala más radical pro-Trump? Con su absolución cimentada por los 43 votos en contra de sus pares Republicanos versus los 57 votos para condenarlo (7 Republicanos y 50 Demócratas), Trump tiene el camino libre para volver a la escena política.

Es por eso que los mid-term serán una instancia interesante para medir qué facción prevalecerá en el Partido Republicano de cara a las elecciones de 2024. Aún es prematuro hacer un análisis a futuro, pero los hechos nos han demostrado que han tenido dificultades para separar al ex presidente Trump de la base de seguidores que dejó tras de sí, seguidores útiles para el partido pero que responden mayoritariamente al ex presidente y se alinean a sus intereses e ideología.

El ex presidente Trump ha dejado claro que va a seguir activo y que su movimiento “Make America great Again” (MAGA) va a seguir trabajando y apoyando a candidatos acorde a su visión. Seguido a la absolución del juicio político, Trump dijo lo siguiente: “Our historic, patriotic and beautiful movement to Make America Great Again has only just begun (...) In the months ahead I have much to share with you, and I look forward to continuing our incredible journey together to achieve American greatness for all of our people” (<https://bit.ly/3uvrp0l>)

El plan de Trump parece ser simple: llenar los asientos vacantes del GOP para el 2022 con “MAGA-approved candidates”. Todo indica que la maquinaria se ha puesto en marcha en dicho sentido. Ivanka Trump le ha ofrecido su apoyo a la reelección al Senador Marco Rubio (R-Fla.), descartando cualquier tipo de especulación sobre una posible presentación de ella en las primarias de Florida para hacerle frente. En Florida se ha llevado a cabo una cena de recaudación de fondos en Mar-a-Lago para apoyar la reelección del 2022 del Senador por Utah, Mike Lee.

También se confirma que el ex presidente Trump va a hablar en la “Conservative Political Action Conference” (CPAC) en Orlando-Florida, que se llevará a cabo el 28 de febrero. Siendo esta su primera aparición pública desde que dejó la Casa Blanca. Los principales puntos de conversación se comentan que serán ataques al presidente Biden por su plan de inmigración y hablará sobre el futuro del partido republicano, según informa el sitio de noticias Axios.

Mientras tanto se ha visto un incremento en los choques entre el líder minoritario del Senado, Mitch McConnell (R-Ky.), y el ex presidente Trump. Se espera que el Senador por Kentucky tome también un rol activo en las primarias

Republicanas de cara a los mid-terms del 2022.

Según ha indicado McConnell en diversas, le interesa la “electabilidad” de los candidatos mas que el carril dentro del partido que ocupen. Para él, lo importante es presentar candidatos que ganen en noviembre de 2022: My goal is, in every way possible, to have nominees representing the Republican Party who can win in November;... Some of them may be people the former president likes. Some of them may not be. The only thing I care about is electability...I personally don't care what kind of Republican they are, what kind of lane they consider themselves in. What I care about is electability. También McConnell ha mencionado en una entrevista a Politico que no dudaría en intervenir si el ex presidente intenta promover candidatos Republicanos que pondrían en peligro las chances de recuperar el Senado. (<https://bit.ly/3dUg4kr>)

No obstante, es entendible la preocupación que puedan tener McConnell y los Republicanos tradicionales al saber el peso que tiene Trump dentro de su partido. Según la última encuesta de Gallup, realizada del 4 al 15 de enero, Trump finalizó su mandato con una aprobación del 34%, la peor evaluación de sus 4 años como presidente. Promedió un 41% de aprobación durante su mandato, sin superar el 50% en ningún año. Lo interesante es la polarización del electorado: dependiendo del partido político se ve la afinidad con el presidente. Así, su gestión fue aprobada por un 4% de Demócratas, un 30% de Independientes y un 82% de Republicanos. Esto deja de manifiesto el peso de Trump dentro del partido. (<https://bit.ly/3sxiVE8>)

Mas aún, “Trump's average approval rating among Republicans during his presidency was 88 percent, tied with Dwight D. Eisenhower for the

highest on record.” (<https://to.pbs.org/3aVxhrW>)

Mientras tanto, para el Partido Demócrata es de vital importancia mantener el control de ambas Cámaras y contar con Republicanos más conservadores que radicales, permitiéndoles tender más puentes y facilitar el diálogo sobre algunos temas donde las ideas de ambos partidos sean opuestas.

Los mid-terms pueden ser un referéndum sobre Trump, sobre el establishment Republicano o, también, sobre la administración Biden y su agenda. Va a ser determinante el control de la pandemia, el desempeño del mercado de trabajo y el fortalecimiento de la economía en general para así poder inclinar a su favor la balanza y romper esa tendencia donde el partido de gobierno pierde asientos en las elecciones de medio término. Será decisivo el ground game de los Demócratas encabezados por su nuevo presidente del Comité Nacional, Jaime Harrison, a la hora de ir puerta a puerta movilizándolo a la base del partido, demostrándole las victorias que consiguieron.

tome también un rol activo en las primarias Republicanas de cara a los mid-terms del 2022.

Por su parte la gran incógnita dentro del GOP es si los Republicanos tradicionales ganarán sus nominaciones en estados claves o si los candidatos pro-trump serán los que prevalecerán.

El juego ya comenzó y es ahora necesario ver cómo se van acomodando las piezas de cara a noviembre 2022.

RODRIGO PEDREIRA
Miembro de CESCOS

¿Te gustaría recibir el Newsletter en tu correo electrónico?

[¡Suscribite acá!](#)

Somos consciente de la cantidad de spam que se recibe a diario, por eso, realizamos un resumen de las principales noticias para que no te pierdas nada de lo que pasa en los Estados Unidos

EDITORES

Pedro Isern; Agustín Pizzichillo; Angelo Bardini; Lucía Salvini